

129

Juan de Dios Vial Larraín

Crisis y Perspectiva
de la
Universidad

www.archivopatiticio.cl

Santiago - Chile

1967

www.archivopatricioaylwin.cl

Los recientes acontecimientos que tuvieron lugar en las Universidades Católica de Santiago y de Valparaíso han dejado en la conciencia de muchos cristianos planteada una pregunta ¿en qué consiste, cuál es la estructura y misión de una Universidad Católica hoy en Chile? La intención de este trabajo es buscar una visión libre, crítica y comprometida a la vez en la situación y en la tarea que esa pregunta propone.

Creo necesario comenzar diciendo que si bien pertenezco a la Iglesia y deseo pensar y actuar como cristiano, no pertenezco a ninguna Congregación, ni Instituto, ni he participado en reuniones en que la jerarquía fraterniza con los laicos. Es, pues, como cristiano común que ha probado su vocación de tal en la libre tarea universitaria que me enfrento a lo que me parece ser una crisis profunda de la Universidad contemporánea. Mi exposición se limitará, por lo mismo, a la Universidad Católica; haremos primero una breve consideración de los sucesos recientes, en seguida destacaremos la significación fundamental que la historia de la institución permite reconocer en ésta como antecedente de una crítica a su actual estructura, para concluir proponiendo una perspectiva de la Universidad.

La comprensión no utópica de lo que en las Universidades Católicas de Chile puede hacerse, supone partir de una clara conciencia de la situación que permita desmistificar los acontecimientos recientes, mirarlos a la cara. Quien tenga una real experiencia de la Universidad contemporánea y a la vez de los caminos que toma la inteligencia y el hacer científico en el mundo de nuestro tiempo, si no está poseído por el pánico a lo nuevo y el temor reverencial de lo antiguo, comprende que esta vieja institución del saber no está en forma, que su reforma es urgente. Esta verdad, entendida oscura pero auténticamente por la juventud, debe ser como fuerza de fondo en lo que parece tan sólo un movimiento revolucionario de juventud. Condenarlo a no ser sino eso, ignorar la verdad que contiene y los valores que trae en germen, sumarse al coro filisteo de los que maldicen simplemente por temor, será un testimonio póstumo de la inconciencia en que las generaciones mayores han estado respecto de la Universidad.

Conferencia dada en el Centro de Cultura Universitaria Alameda, en un ciclo dedicado a la Universidad en el que participaron, además del autor, los profesores señores Jorge Millas y David Stitchkin. El autor agradece a Armando Uribe sus observaciones.

Limitémosnos, por ahora, a examinar las causas próximas y particulares de los acontecimientos en las Universidades Católicas.

La Universidad de Valparaíso, más pequeña, más centralizada, con esa peculiar homogeneidad de una Universidad de provincia, hallábase en su orientación dominante, puede decirse que al día en las tendencias contemporáneas del cristianismo. Su autoridad en buena medida estaba en manos de laicos y guardaba consonancia con la autoridad de la Iglesia y con la autoridad política del país. El movimiento de rebelión que aquí se produjo surgió de grupos de profesores, minoritarios quizás pero ciertamente con la más alta calidad académica dentro de la Universidad, en resuelta comunidad con los estudiantes y en primera línea con los propios estudiantes de aquellos profesores. Tales núcleos de las Facultades de Arquitectura, de Filosofía, del Instituto de Ciencias Sociales, principalmente, eran comunidades académicas vivas, con un pensamiento claro, que deriva de una experiencia auténtica de lo que es la vida intelectual, el estudio, la investigación, el diálogo. La autoridad no se mostró comprensiva de estos valores universitarios, quizás difíciles de ponderar, pero esenciales y cometió, a mi entender, un doble error. Llamaría al primero de enajenación ideológica: con una voluntad de reforma saludable y legítima, pretendió, no obstante, configurar la Universidad desde un cuadro de ideas económico-sociales en boga, sin la debida consideración de los valores universitarios que en la Universidad misma se habían forjado; estaba, pues, enajenándose por motivos ideológicos. El segundo fue una caída en el autoritarismo que violó ese ámbito de libertad y decisión que la comunidad académica reclama para su desarrollo, error al cual puede haber sido inducida por una asimilación indebida de la Universidad a las estructuras jerárquicas de la Iglesia. La unidad de profesores y estudiantes, la firmeza de la actitud que compartieron, la claridad de sus planteamientos, el hecho de que, por momentos, toda pareciera equívocamente concentrado en la misma persona del Obispo o del Rector, son hechos visibles que pueden comprenderse si se los sitúa dentro de aquellas líneas esenciales.

En Santiago el factor inmediato de conflicto fue otro. Para ponerlo en términos concretos, aún a riesgo de simplificar, cabe decir que no se consideraba aquí a la autoridad universitaria participe activa de dos episodios que en Chile marcan las posiciones mayoritarias de los cristianos en nuestros días: el paso adelante hacia un progresismo dado por el Concilio Vaticano II y la voluntad revolucionaria que llevó al gobierno a la democracia cristiana. Las ardorosas luchas que condujeron a esas soluciones no se veían resueltas en la Universidad y ésta, por lo mismo, parecía sustraerse a esa sutil medida que es el tono de los tiempos. Se vio a la Facultad de Teología, por ejemplo, claramente alineada en la línea progresista de la Iglesia y la Federación de Estudiantes en las líneas avanzadas de la política cristiana. Los hombres del mando, en cambio, por su formación intelectual, por su pertenencia a un escenario social y político, permanecían interiormente distantes, ajenos a veces, e inclusive hostiles a estas nuevas tendencias. Fuerzas, pues, que desbordan el ámbito de la Universidad desencadenan en ésta un conflicto no modulado todavía por las estructuras de la Universidad misma. No era un conflicto de principios: los "principios" que figuraban en los argumentos, se mostraban desprovistos de todo peso de realidad, sencillamente porque no era lo que estaba en juego. Se había producido, más bien, una discontinuidad generacional, un desajuste del estilo básico, una rup-

tura del espíritu común, que enfrentó mudamente a los hombres. Aquí los estudiantes fueron los agentes de la crisis: en ellos la incomunicación era más irritante y la sensibilidad renovadora más viva; no existía una disposición generalizada a integrarse en una obra común y los estudiantes, que habían sabido construir una comunidad estudiantil, quizás por lo mismo sabían bien que no existía ese cuerpo único de maestros y discípulos que buscan la verdad, en que la Universidad consiste. Posiblemente en las grandes épocas de la cultura hay un insospechado volumen de rutina, de hábitos, de estructuras firmemente consolidadas, de formas sobre las cuales el vuelo de la originalidad puede emprenderse con seguro impulso. Pensemos en los tiempos de Aristóteles o de Dante, en los tiempos de Descartes y Leibniz, de Velázquez y Cervantes. La luz que irradia de estos hombres no nos deja ver, muchas veces, el suelo sobre el cual están parados. Han sido necesarios muchos años, muchos tanteos, muchas experiencias y caídas para que esos hombres tuvieran la libertad de sus Meditaciones, de sus tercetos, de las Meninas o el Quijote. Esto es la tradición. La tradición es una experiencia, pero una experiencia que se vive, que funciona plenamente en el presente, un pozo profundo del cual se extrae agua fresca. Nada más grave que cuando los hilos sutiles y finísimos de la tradición se cortan. Entonces el sistema nervioso de un cuerpo histórico deja de funcionar, pierde su capacidad de moverse y adquiere una especie de horror natural a todo lo que sea originalidad, creación, gesto audaz, paso airoso. Es que la ruptura con las fuentes y los hilos nerviosos del pasado le quitan el amor al futuro, lo privan de toda energía conquistadora: se ha roto el espíritu de la continuidad, ese cuerpo ha dejado de ser histórico.

Esos sucesos que han determinado una crisis en la Universidad Católica están hoy consumados y la perspectiva que ahora se abre es la de una reforma radical de la Universidad. Es hora, pues, de pensar en toda su hondura el sentido que la Universidad debe tener.

La institución de la Universidad pertenece a una de las más limpias y sólidas tradiciones cristianas. Más, tal vez, que la catedral gótica y que la Divina Comedia, fue la Universidad el gran producto de la cultura cristiana. El sello de esa cultura quedó grabado en la institución. Aún hoy en las más secularizadas Universidades inglesas o alemanas, por ejemplo, descubrimos sin esfuerzo la estructura medieval vigente todavía sea en el cuadro de las Facultades, sea en las técnicas de enseñanza, sea en los rituales académicos o en varios otros aspectos. Pocas cosas de los siglos XII, XIII o XIV están todavía en pie en Europa pero ninguna quizás tan firmemente como la concepción fundamental de la Universidad que no hemos heredado ni de los griegos, ni de los romanos, ni de los chinos, los árabes o los hindúes, sino de la Europa cristiana medieval. Yo no pretendo hacer con esta observación un acto de piedad histórica, ni menos invitar a un retorno a la Edad Media. Pero pienso que cualquiera concepción de la Universidad que no aspire a desentrañar el sentido de la institución desde sus mismas raíces culturales, vendrá a proponernos a lo sumo un mecanismo pragmático de circunstancias que falsifica la esencial realidad histórica en que la Universidad está implantada.

La institución universitaria parece haber quedado desde su origen definida por la unidad, idea que reconocemos ya en su mismo nombre: se la denomina

Uni-versidad. Pero ¿de qué unidad se trata? La institución medieval aparece desde luego unificada por los mismos principios comunes que plasman la unidad en la diversidad del ámbito social, político y cultural. Y entre estos principios comunes, la fe y la lengua de la Europa cristiana y latina. Pensemos en la Universidad de París en los siglos XIII y XIV. En ella enseñan un alemán como Alberto Magno, un italiano como Tomás de Aquino, un inglés como Duns Scoto, que hablan el latín. Y la fe común en la palabra revelada de Dios se piensa no sólo en una filosofía como la de San Agustín o en la de un Platón cristianizado por el agustinismo, como había ocurrido en los siglos anteriores, sino también en la filosofía de un Aristóteles transmitido por los árabes e impregnada, por lo mismo, de elementos de la teología musulmana. Esta es la atmósfera cultural variada, contradictoria, viviente que Santo Tomás de Aquino respira cuando elabora su gran suma del pensamiento cristiano.

Pero hay más. En su forma originaria la Universidad ofrece un cuadro del saber, de la tradición de disciplinas intelectuales acuñadas por el hombre desde el alba de su aspiración a conocer la realidad. La Medicina había sido una de esas primeras disciplinas que ya los griegos enseñan y que adquiere autonomía como arte o técnica en el sentido antiguo en íntimo contacto con la ética, la tragedia, la teología no menos que con las ciencias biológicas y de la naturaleza en general. El Derecho había sido, en cambio, la disciplina que el genio romano acuña en una reflexión maravillosamente práctica y racional, minuciosa y flexible, dirigida al ordenamiento de las relaciones entre los hombres susceptibles de objetivarse en normas y vinculada desde dentro a la ética y a la economía, a la retórica y a la política. Medicina y Derecho, estas dos grandes disciplinas de la antigüedad, con carácter práctico eminente, ganan autonomía pero se nutren profundamente del saber teórico que, por lo menos desde Aristóteles hasta Descartes, va a constituir la filosofía como orgánica totalidad del saber teórico, según la imagen cartesiana: "Toda la filosofía es como un árbol, cuyas raíces son la metafísica, el tronco es la física y las ramas que salen de ese tronco son todas las otras ciencias". Con el cristianismo, en fin, el saber quedará coronado por aquella que se mira como la más alta de las ciencias, la ciencia de Dios, de la palabra de Dios, que es la Teología.

Pues bien, la síntesis institucionalizada, convertida en cuerpo histórico y social de ese cosmos intelectual, será justamente la Universidad. Su estructura descansará sobre un fundamento que fue una Facultad básica y común, la Facultad de Filosofía. De ella salen dos poderosas ramas que son las Facultades de Derecho y Medicina. Y el edificio converge y culmina en la Facultad de Teología. Esta es la estructura de la Universidad Medieval. Los principios unificadores que en ella operan diríamos que son, en primer lugar: la Universidad refleja el mundo histórico, social, cultural que la sustenta, es conciencia intelectual de esa realidad histórica y está animada, pues, por una concepción del mundo en el cual vive; en segundo lugar, la cosmovisión que la Universidad procura, está sustentada por el ejercicio libre, profundo, disciplinado, organizado, del saber intelectual como una totalidad; tercero, la Universidad refleja en su estructura el cuadro contemporáneo de la tradición del saber proyectado a las necesidades prácticas de la sociedad contemporánea. La unidad del saber articulaba el complejo cuadro institucional de la vida de la inteligencia que la Universidad configura.

Los siglos transcurridos desde que esa gran síntesis político-intelectual fuera concebida enfrentan a la Universidad con tres nuevas instancias que me parecen decisivas para un planteamiento contemporáneo. Una está constituida por lo que puede considerarse el más poderoso complejo de la cultura moderna: la ciencia, o si se quiere, las ciencias. Otra más próxima a nosotros mismos está constituida por lo que en nuestros días significa la Técnica. Finalmente la tercera, por el hecho de que la sociedad donde la Universidad vive ya no es feudal ni monárquica como lo fuera en los siglos medievales, sino que es una sociedad de masas, pluralista, democrática, industrializada, tecnificada, planificada, en la cual el hombre busca un status del hombre como hombre dentro de una sociedad sin clases y en una tierra donde no exista la explotación de unas naciones o grupos de naciones sobre otras.

Las dos principales crisis que en la Europa Moderna experimenta aquella concepción medieval de la Universidad reflejan en buena medida el embate de estas nuevas fuerzas. La primera se produce con la fundación de la Universidad alemana de Berlín que da lugar a un amplio debate en el cual predominan las voces más elevadas de la filosofía del idealismo alemán.

Las modernas ciencias quiebran el estrecho cuadro escolástico de la Facultad de Filosofía y surgen dos Facultades diferentes que se distribuyen las ciencias antes reunidas en aquélla: una de ellas será la Facultad de Ciencias Naturales y Matemáticas y otra conservará el viejo nombre o se denominará de Ciencias del Espíritu o de Humanidades y abarcará tan sólo a las disciplinas de esta índole. La Universidad cedía al estado del saber de su tiempo, y se edificaba con arreglo a una epistemología que responde a la filosofía de la época.

La otra crisis tiene a Napoleón por protagonista. La Sorbona se había convertido en bastión del "ancien régime" y el Emperador decide cerrarla. En su reemplazo crea *Les Grandes Ecoles* concebidas no como centros de ideas sino como Escuelas rigurosamente profesionales, independientes entre sí. Es la Universidad napoleónica.

La Universidad americana de la República se construye justo cuando en Europa prevalece este modelo napoleónico engendrado en una circunstancia histórica europea que no necesariamente era la de América. La Universidad americana tenderá a ser un remedo de *Les Grandes Ecoles* y justificará el epíteto que reiteradamente se le dispara: federación inorgánica de fábricas de profesionales. Un gran lugar está vacío: aquel que en la Universidad aloja el principio unificador, aquel donde se elabora la ciencia y la cultura de la Universidad. Y en América latina, donde una tradición de cultura y humanidades parece irrenunciable —el Chile de 1842, Méjico de la Revolución, Cuba de Fidel Castro, dan un buen testimonio— la Universidad verá llenarse su interior vacío de cultura espiritual profunda, con un ideologismo político en el cual, no obstante, primeramente hay que ver un idealismo social y un anhelo espiritual que la Universidad ignoró, a cuya altura no supo ponerse y por el cual muchas veces ha sido invadida y desnaturalizada.

Si la Universidad es sólo un lugar donde se preparan abogados, médicos, ingenieros y profesores que han de ejercer tareas tan diferentes, ¿qué necesidad hay de reunir las Facultades respectivas en un superorganismo como la Univer-

sidad resulta ser? Mantengámonos en ese criterio pragmático y pensemos que las razones son de índole práctica y que se trataría solamente de simplificar y economizar elementos comunes. Cualquiera sabe, no obstante, que la duplicación de profesores, de salas de clase, de cursos, de laboratorios, de bibliotecas, de libros, es, de hecho, el principio dominante y que, no digo cada Facultad sino cada Escuela o Instituto a lo que realmente aspira es a una casa propia distante de las otras en donde, en lo posible, todo sea de dominio exclusivo. Al parecer la Universidad es un cerco nominal en que cada uno se mantiene por atavismo y de tal manera que si esta violencia dejara de ejercerse, como en la física de Aristóteles, los cuerpos volverían a su lugar natural y este sería probablemente para los abogados los tribunales, las empresas o la administración pública, para los médicos los hospitales y así sucesivamente. Esto es lo que crudamente expresaba un filósofo contemporáneo, Max Scheler en 1921: "La primera contradicción de la Universidad de nuestro tiempo, es que bajo la presión de las circunstancias, de hecho, ya no es más una "universitas" sino una suma de escuelas especializadas". Y añadía: "¿No deberá decirse que la Universidad se ha transformado en un conjunto de altas escuelas especializadas merced al relajamiento de su unidad como "universitas" y que el único progreso posible sólo podrá residir en que leal y abiertamente —no en forma oculta y vergonzante como hasta ahora se ha hecho con un empeño muy cuestionable de dar una "cultura" en realidad no da— se haga total o al menos gradualmente un instituto especializado o profesional?". En esta pregunta se halla quizás la filosofía no confesada de la vieja estructura de Facultades y no podía quizás ser de otra manera porque esta razón es la que se encuentra en su mismo origen histórico.

La solución que Max Scheler insinuara con ironía es la que de hecho se va adoptando toda vez que los problemas de la Universidad se pretende resolverlos con el criterio pragmático de los administradores. La solución sin embargo, ha mostrado ser mala también en la práctica y yo solamente diviso una razón para insistir en ella: la voluntad de poder de algunos hombres, sectas, órdenes religiosas o partidos políticos que no son ni hacen la Universidad. La solución de aislar en Facultades o Escuelas particulares la totalidad de la Universidad ha mostrado ser mala porque contradice la esencia de la Universidad, lo cual puesto en otras palabras pudiera expresarse así: la Universidad es necesaria. Veamos lo que ocurre en una Universidad parcelada con criterio profesionalizante para demostrar aquella afirmación. Las Facultades llamadas profesionales —Leyes, Medicina o Ingeniería, por ejemplo, y advertimos que el epíteto "profesionalizante" lo aplicamos peyorativamente no a las Facultades mismas, como es obvio, sino a la Universidad cuando aspira a existir subsumida en aquéllas— tienen cada una de ellas necesidad de las ciencias; a veces de las mismas ciencias, a veces de ciencias diferentes. Medicina requiere de Biología aunque también la requiere Agronomía, Veterinaria o Psicología. Casi todas las ciencias, llamémoslas teóricas, tienen dentro de la Universidad una proyección múltiple. En algunos casos variadísima como puede ocurrir con las matemáticas que han de estar presentes en Ingeniería, Tecnología, Arquitectura, Medicina, Economía, Sociología, Pedagogía, etc., y que bien pudieran no estar ausente de ninguna. Esto se observa ahora con mayor fuerza respecto de las disciplinas llamadas humanísticas y así la historia de alguna manera

se hace presente también en todas las profesiones sea en formas especializadas como la historia del derecho, de la economía, o del arte, sea como historia general de la cultura. Y algo análogo habría que decir de la filosofía o de la teología en una Universidad Católica. A esta necesidad propia de las carreras profesionales se ha respondido con la elaboración de un cuadro de ciencias a las que se ha dado en denominar "ciencias básicas" y cada carrera ha consolidado con mayor o menor rigidez su cuadro de ciencias básicas.

Ocurre, no obstante, que el cultivo de las ciencias teóricas tiene un valor en sí mismo. Parece obvio detenerse en este hecho fundamental en la cultura de Occidente desde los griegos. Pero el reconocimiento de esta verdad que durante siglos parecía entregada a la custodia de la filosofía, de la reflexión epistemológica sobre las ciencias mismas, en los últimos siglos y con especial fuerza en nuestros días se convierte en una contundente verdad social, política, económica, militar. El valor de la ciencia pisa poderosamente la tierra y el mundo de las ciencias pasa a ser un mundo de prestigio y de poder: ser un investigador de la física del núcleo atómico o de algo por el estilo resulta tan importante o mejor que ser un abogado, un médico o un ingeniero. Así lo comprenden las mismas Facultades profesionales aunque más no sea porque sienten la competencia. ¿Qué sucede, entonces? Las Facultades profesionales comprenden su deber de elevar el status de sus ciencias básicas. Pero entonces se produce un desequilibrio de signo contrario; sucede que si en las Facultades profesionales se habla de "ciencia" de "investigación" si se plantea la cuestión del trabajo intelectual creador, desarrollado en profundidad, los hombres de esas Facultades profesionales miraran hacia sus cuadros de ciencia básicas y con mayor o menor orgullo —y propia modestia a la vez— pensarán que es ahí donde efectivamente se investiga, se hace ciencia, se piensa en profundidad, se realiza un trabajo intelectual creador. Y en la mayor parte de los casos, así es en efecto.

Pero esta es una situación de bárbaro empirismo llamada en principio a ser enormemente dañina tanto para la ciencia cuanto para la profesión. En efecto, obsérvese bien el proceso: el trabajo científico ha surgido, primero, como allegado en una casa que no es propia y donde se lo reconoce en la medida que sirve unos fines que no son los propios. En una primera época las cátedras de ciencias podían por eso desempeñarlas personas aficionadas que con un modesto saber, rutinario y anticuado, podían satisfacer las necesidades científicas de la mayor parte de las profesiones. La Universidad no tenía ninguna necesidad de cultivar sabios costosos y excéntricos, se decía. Hombres de buena voluntad, generalmente profesionales inteligentes que habían logrado gracias a una capacidad descollante cultivarse medianamente en alguna ciencia, desempeñaban pasablemente con el beneplácito de sus colegas profesionales, el papel de hombres de ciencia. Para las profesiones esto era al parecer suficiente, ellas saben medir sus necesidades. El daño mayor recaía entonces sobre las ciencias mismas porque cuando el vacío está cubierto por apariencias se hace muy difícil verlo. Una apariencia de ciencia permitía existir una apariencia de Universidad. Realmente existían tan sólo Escuelas Profesionales, disciplinas profesionales y una Universidad profesionalizante.

La situación se altera cuando el prestigio de las ciencias asciende en el horizonte social. Las Facultades comprenden que no basta tener un cuadro de ciencias básicas para el programa de los primeros años de la Escuela.

Y esto, además, por una razón de más peso que atañe naturalmente a las mismas carreras profesionales. Las profesiones han dejado de ser oficios prácticos que pueden desempeñarse más o menos rutinariamente si se tiene buen criterio y se dominan algunas técnicas de vieja prosapia. La velocidad de cambio en las técnicas las va dejando rápidamente obsoletas y la preparación universitaria debe capacitar para estas transformaciones mediante una formación de base más sólida. Las Facultades profesionales dan lugar, entonces, a un fuerte desarrollo de las ciencias teóricas. Una tecnología que se estime aspira a que figuren en sus programas las altas matemáticas, la física atómica. Los estudios entonces se prolongan, los planes y programas de las carreras profesionales se recargan de nobles asignaturas, las escuelas rígidamente se empeñan en formar al profesional de más alto nivel; pero como todos van en el mismo carro los pocos que efectivamente son de alto nivel ven sus posibilidades lastradas por el peso de la mayoría y ésta no encuentra otra expectativa que la de un destino mediocre dentro de una profesión de alto nivel. El daño ahora no recae sobre las ciencias que se ven, por el contrario, reconocidas y estimuladas, pero en cambio, recae sobre las profesiones. Estas enajenan la conciencia de su propia dimensión científica y aspiran a vivir de prestado. Parece ignorarse que la más básica de las ciencias de la medicina es la medicina misma y que lo propio ocurre con el derecho y con la ingeniería y que por consiguiente es en estas disciplinas donde el estudiante respectivo debe hacer sus primeras armas y en las cuales debe alcanzar a la vez el dominio excelente. E ignorarse que esto y sólo esto es lo que la Facultad de Medicina, o la de Ingeniería o la de Derecho está en condiciones de saber organizar. De esta inconciencia se sigue, en fin, aquella rigidez o incapacidad para proyectar la profesión en todas sus gamas y la parálisis en estructuras monolíticas.

Así se ve, pues, cómo la Universidad profesionalizante que subsume las ciencias en las Facultades Profesionales no sólo se autoaniquila destruyendo su sentido esencial sino que tampoco proporciona a las Facultades la solución que estas necesitan. Fuera de su lugar propio, a la sombra de las grandes Facultades, la ciencia queda o bien minusvalorada, y en consecuencia la Universidad no la cultiva, o bien sobrevalorada y entonces la cultiva en desmedro de las profesiones, las cuales justifican su venir a menos y renuncian al desarrollo científico de las disciplinas profesionales mismas enajenándose en las que hasta ayer eran sólo sus ciencias básicas.

A la pregunta de Scheler en el sentido si no sería más conveniente en la circunstancia actual que la Universidad se transforme leal y abiertamente en un conjunto de Facultades Profesionales y renuncie a dar una pretendida "cultura" habría que responder redondamente: no. Diviso una objeción, podría decirse: no obstante la Universidad así concebida ha hecho posible el surgimiento de las ciencias y muchas veces en las Escuelas Profesionales es donde existe la mejor ciencia teórica de la Universidad. Esto es indiscutible, pero lo que me pregunto es si no ha sido esta inconciencia del lugar de la ciencia en la Universidad justamente lo que ha quebrado la estructura de la Universidad como tal, trayendo como consecuencia los perjuicios que recién describíamos. Y daría un argumento adicional para probar que

es así: allí donde las Facultades profesionales han desarrollado las ciencias al ritmo de su propia energía, lo que ha ido gestándose es una verdadera Universidad. Esto ocurre en Alemania con las llamadas Universidades Técnicas, en los Estados Unidos con Institutos como el MIT y también en Francia con *Les Grandes Ecoles*: lo que al principio parecía ser sólo un Instituto o Escuela puramente profesional y especializada, forzosamente ha generado una estructura de Universidad y es así como aquellas instituciones que parecen tener un reconcentrado carácter técnico, alojan muchas veces los más excelentes centros de arte, de filosofía o de historia, vale decir, ofrecen un cuadro del conjunto del saber, cosa que es propia de la Universidad misma. Mi argumento es, pues, contra la supremacía de la Facultad y en pro de la Universidad.

En la parte final de esta conferencia esbozaré en perspectiva una posible organización de la Universidad que responda a las ideas que se han expuesto. Adoptaré como pauta la que propusiéramos en un trabajo sobre la *Idea de la Universidad* que publicáramos en 1965 en una obra colectiva titulada *La Universidad en Tiempos de Cambio*. Distinguíamos allí tres funciones esenciales de la Universidad: "ciencia" o investigación científica, "cultura" o elaboración de una cosmovisión formadora del hombre en total y "profesión" como proyecto vocacional ordenado a una misión en la sociedad. Estas tres funciones las veíamos dentro de una estructura que comporta una dimensión horizontal que corresponde a la organización de las áreas del saber que la Universidad cultiva y otra vertical que genera lo que podemos llamar la comunidad y la autoridad universitaria. Para pensar este esquema adoptemos un módulo, un hilo conductor, el acto de estudiar; la Universidad es un lugar de estudio. Ya en su etimología latina la voz estudiar connota la idea de un esfuerzo, de una disciplina, de un trabajo del entendimiento para conocer. *Studium Generale* se denominó primeramente en algunas partes a lo que sería la Universidad. Sucesivas proyecciones de este módulo que es el acto de estudiar nos permiten recorrer el área de ese esquema y llegar tanto a la unidad interior cuanto a lo más extenso y externo de la Universidad. Lo que propondremos será, pues, una descripción fenomenológica de lo que en la Universidad hay, o de lo que ella hace, tomando ese acto de estudiar como hilo conductor.

La dimensión más pura del estudiar es justamente la investigación cuyo fruto es la ciencia. Tocamos así la primera de aquellas funciones de la Universidad, la ciencia, la investigación científica. Este es el dominio de la teoría. Estudiar es aquí, la búsqueda de la verdad por amor a la verdad misma, acto en sí valioso, dotado de valor humano, germen de humanismo, y cuyo sentido no es sino una natural necesidad o tendencia del espíritu a penetrar en la realidad para adueñarse de ella, pero de una manera libre, que no la viola, ni la destruye, ni la desnaturaliza sino que la deja en su ser. Este es el sentido del conocer teórico que alienta en cualquiera de las ciencias y en su extremo proyecto sostiene la metafísica.

La investigación científica será, pues, una primera función que la Universidad debe cumplir. Consiste simplemente en el cultivo de las ciencias teóricamente y en profundidad por profesores y estudiantes, en un lugar dentro de la estructura de la Universidad que importe el reconocimiento de su significado esencial y haga posible su desarrollo pleno.

El hacer científico, en realidad, puede desarrollarse aisladamente en lugares que no sean la Universidad: investigaciones físicas en el laboratorio de una empresa, investigación económica en un Banco, arquitectura en el taller de un maestro. Una Universidad, en cambio, se caracterizará porque en ella no se hacen investigaciones sueltas y aisladas con fines particulares o pragmáticos como los de una empresa o un Banco, sino porque en ella se ofrece un cuadro comprensivo del hacer científico por lo menos en un conjunto ordenado de direcciones fundamentales que reunidas generan justamente la clave de la *Uni-versitas*. Esta variedad ordenada del hacer científico, en efecto, hace posible un trabajo disciplinario e interdisciplinario ricamente integrado del cual debe brotar una cultura. La unidad de la Universidad se constituirá, por consiguiente, en este centro elaborador de una síntesis de pensamiento, de una concepción del mundo, de una "cultura". Esta es, verdaderamente, el alma de una Universidad.

La cultura no necesariamente es universitaria y las hay que son, por ejemplo, culturas primitivas o culturas antiguas anteriores a la institución de la Universidad. Pero lo que caracterizará a la cultura universitaria es que ella ha de estar fundada en el saber científico y provenir del encuentro interdisciplinario que la Universidad hace posible. Esta actividad de síntesis del saber ha sido aspiración eterna de la filosofía y por eso ésta ha jugado un papel fundamental en la Universidad, a través de la Facultad de Filosofía.

Tendríamos así la segunda función esencial de la Universidad, la Universidad sede de una cultura que se está haciendo permanentemente por la vía del investigar, que se constituye como síntesis superior del saber científico capaz de proporcionar al hombre que pasa por la Universidad una concepción del mundo. Y es aquí, me parece, donde más vivamente incide la catolicidad de una Universidad que resulta justamente cuando una Universidad se constituye de tal manera que se halla abierta al saber que hay en la palabra de Dios, de suerte que tal apertura verdaderamente se expresa en esa síntesis intelectual que es el espíritu que anima a la institución.

Pero si el módulo de estudiar nos ha permitido ver cómo se proyecta la investigación, el hacer científico, primero, y cómo éste hace posible la elaboración de una cultura universitaria, estas dos funciones deben todavía proyectarse en una tercera que es también de la esencia de la Universidad. A ésta representan las carreras profesionales.

También en una carrera profesional hay una síntesis de saberes, a la que conduce el estudiar, pero, a diferencia de lo que llamaremos "cultura" que se proyecta a las ultimitades del saber con vistas a construir una concepción del mundo, las carreras profesionales mediante unidades de planes y programas se determinan más bien por necesidades humanas y sociales de cada tiempo histórico y procuran responder pragmáticamente a ellas. Concluimos este aspecto de nuestras reflexiones afirmando que sólo la armoniosa integración de estas tres funciones esenciales anima y constituye el cuerpo vivo de una Universidad.

¿Cómo organizar dentro de una estructura concreta estas funciones esenciales de la Universidad?

La respuesta que yo daría en el plano que denominara horizontal la tomo en parte de Luis Izquierdo con cuyo artículo *Facultades, Departamentos, Cátedras*

que publica el número tercero de la Revista DILEMAS estoy en general de acuerdo. Es necesario superar la actual rigidez de las Facultades concebidas como continentes herméticos e ir a una estructura unitaria, flexible, dinámica. El movimiento debiera establecerse desde Departamentos a Institutos y desde estos dos a las Escuelas. Los Departamentos agruparían a todos los profesores que cultivan una determinada área del saber acogida por la Universidad. Podría haber, así, Departamentos de Matemáticas, de Música y de Historia, por ejemplo, o de Geometría, de Música Barroca o de Historia de América latina según fueren las necesidades y las posibilidades de la Universidad. Los Departamentos serían, a la vez, centros de investigación y de docencia. En ellos podría hacerse investigación científica pura y simple; habrá quienes dentro del Departamento no se dediquen sino a esto. Podrá además hacerse en ellos una carrera académica conducente a un grado en la respectiva ciencia. El Departamento proveería en tercer lugar a todas las Escuelas de la Universidad de los cursos que éstas requieran en la ciencia en cuestión, en la medida y forma que la Escuela y el Departamento convengan, determinando aquéllas sus necesidades y éstos lo que en orden a satisfacerlas cabe hacer legítimamente. En el Departamento podrían seguirse, además, cursos que la carrera académica seguida en otros Departamentos requieran y así una carrera académica en Física necesariamente habrá de pasar por el Departamento de Matemáticas. Finalmente, el Departamento proveería con personal o cursos a los Institutos.

Los Institutos serían centros de investigación, fundamentalmente, en torno a cuestiones o problemas concretos que a la Universidad interesen, que sea necesario realizar en el país o que surjan de un encuentro de personas especialmente capacitadas con las que la Universidad cuenta. En una Universidad Católica debiera haber, por ejemplo, un Instituto que se ocupe de lo que pudiéramos llamar de modo amplio el pensamiento cristiano en el cual pudieran trabajar teólogos, filósofos, sociólogos, historiadores, es decir, hombres provenientes de diversos campos y pertenecientes a diversos Departamentos de la Universidad. En una Universidad chilena parece obvio que las tecnologías del cobre y del vino justifiquen institutos especiales de estudio. También en los Institutos pudieran darse cursos incorporables a programas diversos de los Departamentos y las Escuelas, pero su carácter esencial es ser más bien centros de investigación de problemas concretos. Los Institutos deben ser los organismos académicos que lleven a cabo la "extensión" de la Universidad, la cual no puede consistir en programas de conferencias y exposiciones, sino en una intensa promoción cultural en todo el ámbito de la nación para la cual los estudiantes se han mostrado extraordinariamente aptos y generosos.

Las Escuelas, luego, serían los centros de investigación y docencia de las carreras profesionales. La principal diferencia con el régimen actual consistiría en que las Escuelas no tendrían a su cargo la responsabilidad de la organización de las llamadas ciencias básicas y, en cambio, estarían estimuladas a desarrollar la dimensión científica de las mismas disciplinas profesionales. La diferencia entre los Departamentos y las Escuelas sería que los Departamentos corresponden a disciplinas teóricas con una proyección múltiple dentro de la Universidad y que son por consiguiente comunes; las Escuelas, en cambio, corresponderían a disciplinas y actividades que pueden considerarse exclusivas, cuyo cultivo es en interés y servicios de la propia Escuela, salvo excepciones accidentales.

Facultad, finalmente, se denominaría al cuerpo de profesores facultado en las Escuelas o bien en los Departamentos e Institutos para elaborar los planes y programas de estudio y tomar los exámenes y pruebas de control para el otorgamiento de grados y títulos.

El eje vertical, que determina el último aspecto que hemos de considerar en esta estructura, genera la comunidad que es la Universidad. Su unidad básica es la relación profesor-estudiante en la cual confluyen dos series de relaciones: una serie donde la relación es profesor-profesor y otra serie donde la relación es estudiante-estudiante. Estas series confluyentes generan las distintas dimensiones de la comunidad universitaria, pero lo importante es que toda ella está construida sobre una situación básica integrada por el binomio de la comunidad universitaria: profesor-estudiante.

Aquella relación básica se determina por un encuentro en el saber donde "profesor" es un hombre que está más adelantado en una experiencia y en una tarea que es común y en la cual, por estar más adelantado, puede guiar. Los profesores, por consiguiente, deben ser los más adelantados y su autoridad consiste, más que en dominio y sometimiento, en inspiración y adhesión dentro del juego libre de la inteligencia. En esta comunidad espiritual debe cifrarse todo el sistema autoritativo de la Universidad. Por ende, sus formas jurídicas, administrativas, burocráticas, deben ser las mínimas para hacer posible aquella comunidad.

Toda la estructura de poder de la Universidad debe estar construida sobre esa comunidad básica de profesores y estudiantes y reflejarse en los Consejos de los organismos académicos y en el Consejo Superior de la Universidad. La función de estos órganos de poder debe ser representativa de la autoridad que se funda en la misión adelantada y orientadora del profesor respecto del estudiante en el trabajo científico. Pero en esta relación, como muy bien ha dicho Armando Roa, hay el fecundarse de dos temporalidades. Con el estudiante un nuevo tiempo comienza a vivir, el latido de una sensibilidad diferente recorre la Universidad y esta dimensión nueva sume al profesor en una perplejidad ineludible que lo hace ser también un aprendiz, aunque de una materia más difícil que la que él mismo enseña, porque a él el otro no se la enseña sino que solamente se la plantea. La ruptura de estos hermetismos temporales y la comunicación de tiempos y sensibilidades diferentes supone, tal vez, un principio de eternidad ganado por el *logos* que pasa a través de las temporalidades cerradas y constituye un diá-logo.

La tarea que me asignaran los organizadores de este ciclo no incluye una consideración de las relaciones entre la Universidad y la Sociedad, asunto que ha sido confiado a la competencia de mi amigo Jorge Millas. Pero si todo cuanto ha sido dicho ahora hubiera sido pensado poniendo entre paréntesis la dimensión de la Sociedad, aunque fuere sólo en hipótesis y por razones metódicas, habríamos aventurado en lo dicho a lo sumo la perspectiva de un artificio dentro de una campana neumática en la cual la circulación de la vida histórica y social estaría interrumpida. Desconfío de este género de hipótesis y no la he asumido. La dimensión social no es una que la Universidad tenga que salir a buscar, pues no estaría edificada la Universidad si no la comporta. La comunidad universitaria se forma con hombres que la Universidad recoge de la Sociedad. Democratizarse significa que la Universidad no se propone privilegiar ricos para que sigan siéndolo, ni privilegiar pobres para

que se hagan ricos, sino dar en justicia una formación superior a todo hombre que aspire a ella, empeñándose a fondo para que todo hombre esté en condiciones de aspirar. Permítaseme formular algo que no es una utopía: que la Sociedad sea ella misma como una gran Universidad en la cual todo hombre tiene acceso a las disciplinas de la inteligencia y puede servir al bien común con alguna técnica señoreada por el espíritu.

Si democratizarse es el lema para el umbral de la Universidad, el hombre a quien recibe la Universidad lo devuelve a la Sociedad y aquí el lema debiera expresar la sabiduría que la Universidad tiene de lo que la Sociedad necesita. Dos ideas han de jugar decisivamente en este lugar: la planificación nacional e internacional y la coordinación interuniversitaria. Pero yo quisiera concluir esta rápida mirada a la dimensión social de la Universidad proponiendo lo que me parece más esencial en la relación Universidad-Sociedad.

Si la Universidad se deja asignar sus tareas y definir sus fines por el Gobierno, por el Partido Demócrata Cristiano o por el Sínodo Diocesano —por ejemplo—, cometerá una claudicación. Con esto quiero decir que dejará de ser Universidad para convertirse en oficina de aquellas instituciones, lo cual es una alienación y un pecado contra su naturaleza. Esto no implica la defensa de una torre de marfil insensible al vaivén de la historia. Por el contrario, es la historia, la magnitud y complejidad de las exigencias políticas, sociales y económicas de una sociedad en intenso ritmo de transformación, la que reclama una respuesta de la ciencia, de la cultura, de la técnica que sólo la Universidad puede dar en la medida que es mejor Universidad, justamente por su ciencia, su cultura y su técnica. Usé muy deliberadamente la palabra “sabiduría” para expresar el tino que ha de tener la Universidad para determinar lo que la Sociedad necesita. Esta es la más alta responsabilidad social de la Universidad. Pero esta sabiduría no puede ser una repetición de lo que ya saben los Ministros, los Jefes del Partido, o el Obispo. Es, más bien, algo que esos hombres no saben y que porque son buenos Ministros, buenos políticos o buenos jefes de la Iglesia, se lo preguntan a la Universidad y cuando se lo preguntan lealmente es cuando la dejan libre para la respuesta, porque saben que no hay conocimiento de la verdad sino cuando el hombre es libre para descubrirla y, por consiguiente, que el único clima donde la Universidad puede vivir es el de la libertad. Esta es la razón de la autonomía universitaria.

Puede mirarse como paradójal, quizás, que, por lo que hemos dicho, la estructura universitaria del medievo, sustituida por la del racionalismo pragmático del siglo XIX, aparezca ahora como posibilidad de renovación. La verdad es que después de una verdadera mutación cultural producida por el progresismo decimonónico, que resulta ya insuficiente y retardataria, no se trata ahora de una regresión a estructuras medievales, posibles sólo en un mundo feudal y monárquico, sino de reconquistar la perspectiva histórica, sin la cual las revoluciones son revueltas o motines. Ahora bien, las Universidades Católicas no son las herederas de la tradición medieval, sino como lo ha señalado Hernán Larraín, han surgido en las catacumbas del siglo XIX y parecen haberse definido por un sectarismo católico, político y social. La Universidad Católica en Chile, desde luego, se funda como un organismo de lucha y resistencia. Pero se construye a imitación de la Universidad del Estado y tal vez el norte más de-

finido de su política haya sido esa imitación. Son estructuras laicas con intención anti-laica.

Pero lo que hoy quiere el mundo es otra cosa. El hombre no tiene techo espiritual. Está viviendo a la intemperie. El marxismo fue su última ideología, pero esta ideología se despedaza en sus realizaciones. Esta me parece la interpelación más profunda que el mundo de hoy hace a la Universidad: ser el lugar donde se edifique una morada para el hombre.